



Seix Barral

Paulina Flores

Isla Decepción





Seix Barral Biblioteca Breve

Paulina Flores

Isla Decepción

Flores, Paulina
Isla de decepción / Paulina Flores. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Seix Barral, 2021.
360 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-8319-53-7

1. Novelas. 2. Narrativa Chilena. I. Título.
CDD Ch863

© 2021, Paulina Flores

© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia,
Santiago de Chile

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: septiembre de 2021
1.700 ejemplares

ISBN 978-987-8319-53-7

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de agosto de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Don't leave, it's my fault.

TYLER THE CREATOR

No tiene ningún sentido decir dónde solías trabajar

No tiene sentido decir cuánto ganabas

No tiene sentido decir lo que solías hacer

Esta es la cara de Fu Manchu.

DESMOND DEKKER

Sólo el mar, sólo el mar, sólo el mar.

NICOLE

6 DE DICIEMBRE, 2013

—¿En qué soy bueno? —preguntó Miguel con tono alegre.

Ninguno de los pescadores respondió, pero él entendía el mensaje. No es que lo ignorasen a propósito o que quisieran burlarse —aunque si había algo de eso, él también lo respetaría—, simplemente estaban concentrados en sus tareas y repartíendose las del cuarto tripulante inexperto, o sea, él. Tal vez las faenas de zarpe fueran demasiado simples como para gastar tiempo en explicaciones, y para Miguel estaba muy bien, nunca había sido un vago y no tenía nada que demostrar: en lo suyo era bueno y esto —la lancha de Emilio y la pesca de centollas— no era lo suyo.

Dio un paso al costado y se abocó por completo, y atentamente, a no estorbar.

El Chico Onofre iba con sus pasitos atropellados y la parka ya sucia, todo concentración. No logró recordar el nombre del otro tripulante. Sabía que era

familiar de Emilio, un sobrino o primo en segundo grado que había llegado desde Chiloé.

Esperaron a que el cielo oscureciera del todo para zarpar. Después de quince años en Punta Arenas, Miguel ya estaba acostumbrado a que eso ocurriera cerca de medianoche, pero jamás había navegado en altamar y debía admitir que estaba algo nervioso. Se acercó a la baranda de popa para dar un último vistazo al muelle. La perspectiva tampoco ayudó mucho: parecía que la lancha seguía detenida, como si no fuera él quien se alejaba, sino todo lo demás. Prendió un cigarro para darse ánimo. El humo era cálido y amistoso, pero la ilusión óptica se mantuvo.

Meneó la cabeza y trató de hacerse a la idea. Esa noche, y las ocho siguientes, dormirían en los catres de la pequeña lancha. Esperaba que no los cuatro juntos.

—¿Ya te aburriste, marinero? —preguntó Emilio cuando Miguel entró en la cabina.

—No es que me dejen hacer mucho —dijo él, ubicándose a su lado.

—¿Y te estás quejando también? —insistió el capitán, sin apartar la vista del frente—. Que trabajen un poco esos remolones. Ya te va a tocar lo tuyo, y ahí te quiero ver...

Miguel había estado en la cabina varias veces, echando un vistazo a la sonda o desmontando el panel de control, pero se le antojó diferente en movimiento. Parecía todavía más pequeña y caótica, aunque todo —los termos, ceniceros, escuadras y hasta un

cortaúñas— estaba bien fijo a la madera. Se dedicó a toquetear las estampas de santos y flores plásticas pegadas al parabrisas con cinta aislante.

—Esto parece más una animita que el puente de mando de un capitán —bromeó.

Emilio enarcó las cejas para darle a entender que no iba a molestarse en contestar.

—¿Y esta la tienes para ver el futuro, viejo brujo? —insistió Miguel pasando la mano por la esfera de la brújula. Y ya que tampoco obtuvo respuesta, pasó a jugar con la llama de la vela fija al tablero.

—¿Me meto yo con tus creencias? —protestó por fin el capitán.

Miguel levantó las manos y puso cara de niño chico inocentón.

—Ya te quiero ver. En un rato vas a andar todo meado y rogándome por una vela.

—No descarto, fíjate, pero por ahora lo único que he visto son las estampitas de un viejo miedoso.

—Pronto vas a ver más, espérate sentaíto.

Ambos hombres tenían cincuenta y tres años. Hablaban mirando al frente, con un tono impersonal y burlón que encubría el respeto y cariño mutuo que jamás reconocerían o traducirían en palabras.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Miguel, otra vez como un niño inquieto.

—¿Para llegar? ¿Y a dónde creí que vamos a llegar? ¡Relájate, oye! Hoy tenemos tiempo de sobra. De

hecho, pensaba irme por la costa y darte un paseíto, ¿qué te parece?

—No creo que pueda ver mucho a esta hora...

—¡Y dale con lo mismo, pucha el viejo quejica! Déjame pilotear tranquilo y anda a echarte arriba, mejor será.

—A sus órdenes, capi —rio él imitando un saludo militar con la mano.

—Pero si el viento está muy bravo te bajas al tiro, ¿sabes dónde encontrar valentía?

Miguel sonrió y posó una mano sobre el hombro de Emilio. Ambos eran igual de bajos.

—Tienes que presentarte a puente cada una hora. Y dile al Chico que se ponga a cocinar.

En cubierta, los tripulantes ya empinaban el codo con una caja de vino. Miguel tuvo ganas de unírseles, pero algo en la postura del sobrino de Emilio le dijo que no era bienvenido. Informó las instrucciones del capitán y luego cumplió él mismo con las órdenes y subió al altillo sobre la cabina. Se dio cuenta de que el sobrino lo seguía de reojo, pero cuando lo encaró con su mirada, este bajó la vista.

Ya arriba, tomó asiento sobre un tambor azul. El viento pegaba en su rostro sin tanto olor a algas, pero el balanceo se sentía más fuerte.

Este viejo brujo quiere que vomite, se dijo. ¡Pero no me la va a hacer!

Se afirmó bien de la baranda y escuchó el motor que sacaba la lancha corriente adentro. Sonaba competente. Alargó el cuello para mirar la superficie del agua, aunque de tan oscura y densa, más parecía petróleo. El viento iba a congelar su espalda y sus dedos, pero todo estaba en calma. Se pasó una mano por la barbilla y se preguntó si podría dormir esa noche. Mucho tiempo para pensar, se dijo. Demasiado tiempo para pensar. Echó la cabeza hacia atrás para ver las gaviotas que graznaban amenazantes sobre él. En el cielo también encontró un banderín de Magallanes. Bajo las estrellas cosidas al paño, dio con la luna real, creciente y amarilla. Todo en calma.

Al menos nos movemos hacia alguna parte, pensó. No quiso imaginar qué sentiría cuando los motores se detuvieran y la lancha flotara en medio de la nada.

Dejó el cigarro colgando en su boca y sacó el trozo de madera y la navaja de su banano. Quería tallar un silbato. Su padre le había enseñado a fabricarlos con tallos huecos de higuera, pero el trozo de arce que había encontrado de camino a casa resultaría ideal para el modelo más sofisticado que tenía en mente. Sostuvo la madera a cierta distancia. Mientras consideraba los pasos a seguir, escuchó gritos en cubierta.

No entendió la jerga en la que hablaban, pero resultaba bastante obvio que algo malo había pasado. Se levantó enseguida y, aún con madera y cuchilla en mano, postergó el estado de ánimo tranquilo que había estado a punto de conseguir para ponerse a disposición de las peores circunstancias. Entonces fue cuando el motor de la lancha se calló y por un momento que pareció

muy largo —pero que debió durar menos de cinco segundos—, solo se escucharon las olas. El sobrino o primo en segundo grado de Emilio apareció de pronto junto a él. Tomó el salvavidas y volvió a bajar sin mirarlo ni informar nada. Pero ya que se había llevado precisamente eso, no podía tratarse más que de alguien en el mar. Tampoco necesitó barrer la superficie con la vista, el foco de la lancha ya iluminaba una figura. El pelo le tapaba los ojos y su cuerpo se mantenía a flote gracias a un chaleco roñoso. Está vivo, se dijo, pero no resopló con tranquilidad, sino por el contrario: la sonrisa que creyó distinguir en la boca del náufrago —y que era la prueba de que debía seguir con vida— hizo que lo recorriera un escalofrío por la espalda. El sobrino de Emilio ya nadaba en su dirección cuando el sonido del piquero llegó a sus oídos.

—De un *chimao* —aseguró el Chico Onofre con tono astuto, una vez abajo.

Miguel sabía que los *chimaos* eran buque-factorías chinos, así que enseguida se hizo una idea de lo que podía haber sucedido, por qué y cómo.

Fue hasta Emilio, que tiraba del cabo unido al salvavidas, y le ofreció su ayuda con un guiño de ojos rápido. Por medio de otro gesto, el capitán le respondió que por ahora solo estorbaría, pero que después, en breve, iba a necesitarlo. Parecía totalmente concentrado en lo que hacía, aunque, conociéndolo como Miguel lo conocía, era probable que también estuviera sopesando las posibles alternativas y decisiones que tendría que tomar.

No hizo falta ningún gesto para que ambos supieran que había llegado el momento de inclinarse por el borde de la lancha y jalar cada uno por las muñecas hasta sentar la figura humana en el borde.

—Respira —confirmó Emilio, aunque su tono estaba lejos de manifestar alivio.

Después de acomodarlo en el piso de cubierta, el capitán le quitó el salvavidas y le gritó al Chico que fuera por toallas y mantas. En realidad, no dijo toallas y mantas, pero cualquiera entendería que eso es lo que significaba “algo seco”. Luego le peinó el pelo hacia atrás, le tomó la temperatura y midió sus pulsaciones. Estaba inconsciente, pero ahora sabían que solo se trataba de un muchacho y que la forma de sus ojos confirmaba las suposiciones de Onofre: un chino. No sonreía.

—Yo no quiero na meterme en problemas —dijo el Chico al tenderle las toallas a Emilio.

—Si no prendí fuego en el tacho, vai a tener un problema —respondió él y pasó a secar al náufrago.

El sobrino subió a la lancha a pulso. No dijo ni preguntó nada, únicamente se secó las manos para prender un cigarro.

—Buena, buena, Toño —lo felicitó Emilio acercándose a él.

Antonio, eso es, pensó Miguel y saber por fin su nombre le entregó casi la misma tranquilidad que cuando el capitán afirmó que el muchacho respiraba. También sacó su cajetilla.

Se quedaron de pie y en silencio, examinando las señales de vida del chino —que estaba muy pálido y tiritaba—, pero sobre todo para fumar tranquilos.

No parece que haya tragado agua. Aunque nadie lo dijo, el mensaje subió con los espirales reposados del humo.

Toño dejó al muchacho en el catre de la cocina y salió sin prestar atención a los reparos del Chico Onofre. “Ahí duermo yo”, siguió protestando él y luego dio unos golpecitos en la mejilla del náufrago.

—No despierta —concluyó y, pese a que sonaba ridículamente obvio, Miguel asintió con gravedad. Acercó un oído a su boca para comprobar que respiraba. El aire salía, aunque muy débil y escalofriantemente frío.

Onofre negó con la cabeza.

—Otro chino más —dijo y pasó a revisarle los bolsillos hasta dar con una bolsa plástica. Hizo un pequeño corte con su navaja y sacó una fotografía, unos billetes y algo parecido a un carné de identidad. Estudió la identificación con los ojos entornados.

—¡Pfff, no se entiende ni jota! Pero yo le digo, don Miguel, a este hay que mandarlo de vuelta al tiro pal *chimao*, si no van a ser puros problemas.

Él le pidió los documentos y se los guardó sin revisarlos.

—El año pasao pillaron a unos en Muñoz Gamero, ¿se acuerda?

Miguel afirmó con la cabeza, pero en realidad no lo recordaba.

—Yo no les tengo pena, eso sí —agregó el Chico—. Usted sabe, don Miguel, en esos barcos andan puros presos. Por eso van encerrados y los tratan como los tratan... como a todo preso —se apuró a decir por si quedaban dudas.

Él se limitó a esbozar una sonrisa condescendiente.

—Yendo pa Rinconada. Ahí se pueden ver hartos pa esta fecha, pero nunca hacen puerto. No pueden. Porque son presos —insistió—. A este mejor tenerlo vigilao.

Miguel tomó el estuche de devedés que tenía cerca y revisó los títulos para evitar la conversación. Entonces recordó la noticia: los militares habían pillado a unos chinos con cara de perdidos, pero sin apariencia de turistas, y se los llevaron para interrogarlos. Claro que al final no eran chinos, ¿vietnamitas?, ¿indonesios?, algo por ahí. Los mantuvieron detenidos unos días y después los mandaron a su país, ¿o es que los habían devuelto al barco? El caso que recordaba bien era el de los filipinos: aparecieron en la portada de los diarios locales flotando a la deriva sobre dos bidones plásticos.

Las películas eran todas pornográficas y el Chico lo miró con una sonrisa pícara.

—¿Quiere un matecito? Hoy vamos a fondear tarde.

—Sigue inconsciente —informó a Emilio en la cabina, y le extendió los documentos. El capitán los dejó a un lado. Estuvieron un rato callados, sin moverse.

—Y, ¿qué vas a hacer? —preguntó Miguel cuando el capitán prendió la lancha.

Emilio entrecerró los ojos. Pese a la expresión severa e inflexible de sus cejas, terminó por suspirar con inquietud. Luego dijo:

—¿Qué voy a hacer? ¡Devolverlo! Prefiero tratar con esos hijos de puta negreros que con los hijos de puta de la gobernación— con la mano libre tomó los documentos y contó los billetes. Eran dólares.

—Siete —dijo volviendo a enarcar las cejas, esta vez con un gesto parecido a la compasión, que desapareció enseguida—. Ese de allá debe ser —y apuntó con el mentón hacia el único buque que flotaba cerca—. Esperemos que se dignen a contestar.

Miguel no recordaba haber visto alguna foto de un *chimao* en el diario, pero mientras se acercaban, entendió las aprensiones del Chico Onofre: el muro enrejado que rodeaba cubierta y las manchas de óxido en toda la línea de flote solo hacía pensar en una cárcel.

Se lo comentó a Emilio.

—Esas son historias que se cuenta la gente pa quedarse tranquila.

—No creo que sean presos, pero el barco tampoco se ve muy cómodo que digamos...

—Porque yo salgo a pescar en un yate de lujo, ¿cierto? —ironizó Emilio y buscó su cajetilla—. Pescan calamares —pasó a explicar un poco menos agitado—, poteros, que les dicen. Por eso tienen esas plataformas enrejadas. Usan líneas automáticas y después caen por ahí. Se supone que andan como dos años en altamar. ¡Robando! A nosotros nos dan cuotas, pero ellos ro-

ban a diestra y siniestra. Una vez me mostraron una foto satelital: los barcos estaban fondeados en la milla doscientos uno y eran tantos hijos de puta que iluminaban más que Punta Arenas, ¡era como ver quince Punta Arenas juntas!

—Bueno, por algo se escaparán los chinos —se apuró a decir Miguel para hacerlo volver a lo que realmente importaba.

—Nadie sabe qué pasa ahí.

—¿Estás seguro de que es una buena idea meterse con ellos?

Emilio gruñó algo para sus adentros y detuvo la lancha. Antes de hacer contacto por radio, prendió el cigarro con el fuego de la vela.

Cuando dictó unos códigos en inglés, Miguel tuvo que contenerse para no molestarlo. Esperaron unos minutos, pero solo obtuvieron ruido gris.

—No van a responder. Nunca responden los chasdesumadre.

—Yo puedo pagar el parte —se atrevió a decir Miguel. Emilio soltó una risotada.

—El parte es lo de menos.

—No creo que estemos haciéndole un favor llevándolo de vuelta.

—¿Y quién te dijo que yo quería hacerle un favor al chino ese?

—Puedo volver y llevarlo conmigo.

—¿Y crees que eso va a cambiar las cosas? Lo van a mandar en el primer vuelo de vuelta a su mierda

de país y en unos meses va a estar en otro barco de mierda o en quién sabe qué trabajo, pero también va a ser de mierda.

—Está muy débil, Emilio.

—¿Qué película te estás pasando, viejo ridículo? No es que sea como nosotros. No se trata de pagarle la cuenta de luz atrasada y listo—. Volvió la vista hacia el potero y resopló—. En esta situación solo puedo ayudar a alguien, y es a mí mismo.

Miguel comprendió que lo más sensato era callar. Con el calamarero cerca, el paisaje le pareció un lugar más concreto y ya no únicamente una sombra sobre otra. Quizás fuera por la vaga sensación de ese *aquí*, pero ya no se sentía mareado.

—¿Ya hablaste con la Carola? —preguntó Emilio de la nada.

Miguel lo miró confundido. No parecía el mejor momento para hablar de los problemas con su exesposa, pero supuso que necesitaba matizar la tensión con algo de normalidad, con los problemas normales.

—La llamé hace un par de semanas.

—¿Y?, ¿cómo se lo tomó?

—Qué te tengo que andar contando a ti, viejo metiche —dijo con tono risueñamente ofendido. Luego suspiró—. No muy bien... se puso a gritar y después me llamaron sus hermanas.

—¡Por favor! Si llevan más de diez años separados.

—Anda a explicarle eso a ella.

—Te lo digo a ti —dijo Emilio con severidad—. Tienes que mantenerte firme.

—¿Y cómo andamos por casa?, ¿qué pasó con tu asuntito?

Pareció que el capitán iba a responderle con una buena broma, pero justo entró Toño.

—Hay alguien en el *chimao* —anunció—. Le hice señas, pero ni se mueve.

El hombre estaba en un espacio pequeño entre dos rampas. La altura no le permitía poner un pie sobre la baranda del barco, pero por su actitud era como si lo tuviera.

El Chico Onofre estaba gritándole, pero, tal como los pescadores de la lancha, el hombre no le hacía el menor caso.

El capitán alumbró cerca de su rostro e hizo tintinear la luz según el código. Tampoco tuvo efecto.

—Traiga al chino —ordenó.

Pero fue demasiado tarde: el hombre ahora los apuntaba con un rifle.

—Levanten las manos y no se muevan —murmuró Emilio. Esperó un momento y comenzó a caminar de espaldas hacia la cabina.

Ellos no se quedaron exactamente quietos, pues la lancha continuó meciéndolos con su vaivén. Además de eso y el “chino culiao” que repetía Onofre entre dientes, Miguel notó que de la ropa de Toño caían algunas gotitas. Él estaba más desconcertado que afligido, y si había rabia entre en sus emociones, solo era dirigida

hacia Emilio por no hacerle frente al marinero del *chimao* como debía.

Los motores se encendieron, pero el hombre no dejó de apuntarlos con el rifle hasta que se alejaron lo suficiente y, cuando eso ocurrió, los tres corrieron al puente de mando.

Emilio timoneaba con ambas manos y la escopeta cerca.

—Sabía que esto iba a pasar, yo sabía —dijo el Chico Onofre.

—¿Va a llamar a la gobernación, tío? —preguntó Toño.

—Y pa qué, ese no iba a disparar —opinó Miguel con el claro objetivo de reprochar la actitud de Emilio—. Perro que ladra no muerde.

El capitán le dirigió una mirada que lo dejó helado y que le hizo ver que no sabía de lo que hablaba, que en su vida podría hacerse una idea de cómo funcionaban las cosas en la mar.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó Emilio después de volver la vista al frente y con su tono rudo usual—. Prepárense para volver.

No discutieron mucho el plan, pero cada uno se abocó a lo que le correspondía por defecto. Miguel volvió a quedarse de brazos cruzados hasta que Toño anudó los cabos al muelle; una vez en el puerto, fue por su auto. Además de los gatos, no encontró a nadie en el trayecto.

Acostaron al náufrago en los asientos traseros: la ropa mojada y los ojos cerrados, aunque los cuatro opinaron que tenía más cara de estar dormido que de estar inconsciente, y con eso querían decir que se veía mejor.

—Tiene que parecer como si hubiese llegado solo —le explicó Emilio a Miguel otra vez—. Si llega a despertarse yo conduciría hasta Leñadura. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

Miguel dijo que sí mientras cubría al muchacho con frazadas.

El capitán le pasó los documentos que había encontrado Onofre.

—Ojalá que sea buena suerte —agregó.

—¿Suerte de que lo encontrara un brujo chilote como tú?

—Ándate luego, viejo inútil —respondió Emilio rechazando la mano que le había extendido su compadre—. Nos trajiste puros problemas.

Miguel dio la vuelta y abrió la puerta del auto.

—Lláname apenas llegues a tu cabañita —fue la última orden del capitán.

—Y ustedes vuelvan con harta centolla. Mira que todavía quiero mi parte.

—Yo se la guardo, don Miguel —se apuró a decir el Chico Onofre desde atrás.

Él levantó la mano como despedida.

Lo primero que hizo fue encender la calefacción y subirla al máximo. Después prendió la radio. Los locutores advertían sobre la posible pandemia mundial que se aproximaba. Parecía un programa conspirativo y probó con otro noticiario. El camino iba en paralelo a la bahía del muelle y pudo ver la lancha de Emilio avanzando hacia el este. Parecía muy liviana —tal como había comprobado que se sentía en el mar—, pero de todas formas dejaba una estela espumosa y servil tras su paso. Miguel estaba contento de regresar y manejar su propio auto, por tierra y con normas básicas y universales para todos los conductores del planeta, pero tampoco daba para sonreír. Una vez que tomó la carretera, pisó el acelerador y se dirigió al hospital.

Las calles estaban casi desiertas, aunque no por la hora, sino por el viento. En Punta Arenas era cosa seria, y en esa época golpeaba con tanta fuerza que en el centro instalaban un sistema de cuerdas para que la gente pudiera desplazarse. Miguel no pensó que el viento por fin jugaba a su favor, pues siempre lo había sentido así. Igual se mantuvo atento y examinó cada esquina de esa ciudad que no era la suya y que, a decir verdad, después de quince años, tampoco conocía del todo. Lo único cierto en su relación con la Patagonia era que se había *acostumbrado*. “Vivir en Punta Arenas es acostumbrarse”, le dijo un viejo con el que conversó en su primera visita a la ciudad y que hasta el día de hoy volvía a sus pensamientos cada tanto. Sonaba a sensibilidad de frontera y romanticismo, pero ¿a qué otra cosa podías aferrarte cuando vivías en un lugar así

de aislado y con un clima extremo? Y, de todas formas, no pareció que el viejo estuviera jactándose, como solían hacer otros magallánicos. En su tono no había una gota de orgullo, pero era digno, como si hubiese aceptado de buena gana que, en cualquier caso, vivir siempre significaba sobrevivir. Miguel tenía diecisiete años por entonces, pero le gustó escucharlo. Seguía gustándole ahora, a casi quince de haber elegido Punta Arenas como su ciudad y con un chino escondido en el asiento trasero de su Chevrolet.

Estacionó en la gasolinera para ir por dos cafés y observar la entrada de Urgencia del hospital: no se veía mucho movimiento. Ya en el auto, enfiló por una calle lateral y fue aminorando la marcha, apagó la radio y las luces. El camino pavimentado pronto se transformó en un camino de tierra. El chino no se había movido ni hecho ruido durante todo el trayecto. Quiso creer que significaba algo bueno.

Se detuvo junto a un árbol rodeado por varios arbustos. Dudó si apagar o no el motor: era mantener la calefacción o pasar lo más desapercibidos posible.

Quizás no iba a tomar tanto tiempo, pensó positivo otra vez, tal como era él, y giró la llave.

—Por aquí estamos bien —se dijo a sí mismo desabrochándose el cinturón y luego se dirigió al chino—: vamos a esperar unos minutitos.

Él siguió igual de callado bajo las frazadas.

Corrió el asiento hacia atrás y se giró para quitárselas de la cara. Lo movió suave por los hombros,

le dio unos golpecitos en las mejillas y le habló con palabras amables.

El muchacho fue reaccionando de a poco y Miguel le hizo beber del café.

Cuando abrió los ojos, sus pupilas se expandieron para fundirse en una sola oscuridad. Aparte de eso, Miguel no advirtió otro signo de vida, así que continuó hablándole con ternura, para infundirle ánimo, pero, sobre todo, para que el chico asociara ese tono amistoso a la figura humana que tenía enfrente. Algo que le sugiriera la idea de protección.

El muchacho se quedó en la misma postura agarrada, con los labios temblorosos y sin decir ni pío. De que estaba sorprendido, eso por lo bajo. Sus ojos se movían de un lado a otro, pero no, miedo no había.

De momento es suficiente, pensó Miguel y se giró hacia adelante. Ahora debía pensar en todo el resto. Suspiró.

—Muy joven —dijo—. Demasiado joven.

Jugó con el cambio en neutro y buscó en la guantera algo donde dibujar. Arrancó una hoja blanca del manual del auto. Donde se suponía que estaba el hospital trazó una cruz y la encerró en un círculo. No tenía un lápiz rojo, así que hizo la cruz más gruesa. Eso significaba hospital en cualquier parte del mundo, ¿no? Corrigió el mapa hasta que se dio cuenta de que tenía que hacerlo de nuevo. Una vez que estuvo satisfecho con el resultado, volvió a suspirar y dejó el dibujo en el asiento del copiloto.

Tal vez los documentos del chino dieran más pistas sobre qué hacer o cómo.

—Viajas con poco equipaje —dijo mostrándole la bolsita plástica por el espejo retrovisor.

Observó la fotografía: una mujer asiática joven sosteniendo a un bebé, junto a un hombre. Tenía el rostro recortado, pero era un hombre.

Como si el misterio no fuera suficiente, pensó Miguel.

—¿Tienes una guagüita? —preguntó.

No esperó su respuesta y contó los billetes otra vez: siete. Negó con la cabeza.

—Demasiado joven —volvió a decir. Dejó el dinero y la fotografía sobre el mapa y se giró con el carné en la mano.

—¿Este es tu nombre? —preguntó marcando los primeros caracteres con su índice.

El muchacho lo observó en silencio. Luego abrió la boca y logró decir algo, con los labios tiritando y la voz ahogada.

—No sé ni pa qué pregunto —dijo Miguel con tono risueño—. Aunque siempre me pasa lo mismo, no te creas...

Pese a lo débil que estaba, le pareció que el muchacho le dirigía una mirada desafiante.

—No te preocupes, chinito. Ese código todos lo entendemos.

Se giró al frente y fijó la vista en el llavero con forma de placa norteamericana que colgaba del contacto y que llevaba su nombre.

—Yo me llamo Miguel —dijo, mirando el souvenir que le había regalado su hija—. Disculpa por no presentarme, esta ciudad es tan chica que uno se olvida de esas cosas...

El muchacho volvió a soltar unas palabras incomprendibles.

Él tomó el mapa y se giró para mostrárselo.

—Imagínatela en rojo —dijo apuntando la cruz—. El hospital, ¿entiendes? HOS-PI-TAL. Médico. Mmm... *dakter* —probó en inglés—. *Help*. ¡Eso es!, HEEEL-PP.

El muchacho pareció más confundido que antes, y eso era bastante confusión. Volvió a hablar, esta vez más largo, y aunque Miguel tampoco entendió una palabra, tuvo la impresión de que dejaba la frase a medias, que se guardaba algo. Sus ojos no dejaban de moverse y transmitían el arduo trabajo por comunicar lo que quería decir.

—*Kumustá, kompadre* —dijo al final.

Eso fue lo que dijo, así que el confundido ahora era Miguel.

—¿Qué? —soltó asombrado—. “Cómo está, compadre”, ¿hablas español?

El rostro del muchacho se iluminó y probó con otras palabras: “Jefe”, “messa”, “cama” y unas que se parecían a “baño” y “tenedor”. Las repitió en distinto

orden, con un hilo de voz y sin que alcanzaran a formar ninguna frase coherente.

Miguel se quitó el gorro de lana y se rascó la cabeza teatralmente, como si quisiera decirle que no entendía.

—No entiendo —explicó a continuación, porque en realidad solo quería rascarse la cabeza. El chino volvió a repetir las palabras. Parecía desesperado.

—Tranquilo, chinito, tranquilo.

—*Help* —fue la última palabra a la que se aferró. Pero considerando el tono de súplica que había imprimido a todo lo anterior, no es que aportara información nueva.

—*Help*, sí— respondió Miguel—. En eso estoy... en *help*.

Después de bostezar, se recostó en el asiento con las manos bajo la cabeza y observó las estrellas con temple de boy scout.

No se molestó en repasar la intrincada cadena de acontecimientos que lo había llevado a estar de madrugada junto a ese chino desconocido y tan joven. Por experiencia propia, sabía que la vida era un caos y, además, y por extraño que pareciera, se sentía muy a gusto en ese preciso momento.

—¿Cuántos años tienes? Pareces como de diecisiete... Mi hijo más chico tiene veintitrés, se acaba de titular.

Como estaba bien acostumbrado a hablar solo, el silencio del muchacho no lo inquietó. Tampoco su aroma, un olor que jamás hubiera asociado al océano si no lo hubieran sacado de ahí. No era desagradable, de todas formas, en el sentido de que no se parecía

a nada que hubiese olido antes. Era un olor nuevo y tenía la misma intensidad que las cosas que han estado selladas por un tiempo considerable, como las páginas del diario o una cajetilla recién abierta.

Miró de reojo el mapa y pensó en escribir “*help*” bajo el dibujo de la cruz, pero no lo hizo. Si le daba la hoja sabrían que alguien lo había ayudado y no quería fallarle a Emilio, no tanto. Solo serviría si el muchacho lo aprendía de memoria. ¿Y cómo iba a explicarle eso?, ¿cómo iba a explicarle nada?

—Es chistoso porque él estudió inglés —dijo al final—, mi hijo. Si alguno de los dos supiera inglés, podría ayudarnos mucho ahora.

El reloj del auto marcaba las dos am. Miró hacia la ventana del copiloto y vio su propio reflejo. Parecía exhausto y más joven, pero ninguna de las dos cosas era cierta.

—¿Estás mejor? —preguntó por el espejo retrovisor de nuevo. Se veía pálido, pero tal vez era así. Quizás tenía un rostro delicado y no es que estuviera débil.

El muchacho miraba más allá de él. Supuso que lo que llamaba su atención eran las ramas del árbol, extendidas horizontalmente.

—Son raras, ¿verdad? Parece como si quisieran abrazar a alguien. Pero solo es el viento —aclaró y sonó como si también se lo quisiera recordar a sí mismo—. Aquí corre muy fuerte. Mañana vas a poder verlo... No es tan malo como parece.

El chino parpadeó con la boca medio abierta, sus labios tenían un tono azulino.

—Mira que venir a meterse al lugar más alejado del planeta... —dijo con voz risueña—. Astuto —agregó—. A ver si también nos parecemos en otras cosas.

Respiró profundo como para infundirse valor y luego, haciendo uso de su mejor pantomima, le indicó que se acurrucara y volviera a taparse.

—El viejo brujo me va a matar —murmuró para sus adentros negando con la cabeza. Prendió el motor del auto y dio marcha atrás.

Julia no podía estar más feliz de que regresara. Acompañó a Miguel dando saltos hasta que se dio cuenta de que había alguien más adentro del Chevrolet y comenzó a ladrar.

—Julia —la llamó él—. Ven acá.

Ella obedeció en el acto.

Miguel acarició su cabeza. Era una perra hermosa e inteligente, mezcla de pastor alemán con otra cosa igual de enorme.

—Espérame en la puerta —ordenó apuntando al suelo.

Fue por unos palos para la bosca. Mientras prendía el fuego, decidió que acomodaría al chino en la pieza que usaba como taller. Era un poco más grande y además la cama estaba nueva, es decir, no recién comprada, pero la habían utilizado apenas un par de veces.

—¿Puedes caminar?

No esperó su respuesta y lo llevó en brazos. Su cuerpo era tan liviano que por primera vez en toda la noche sintió miedo.

Después de dejarlo sobre el colchón, fue por más frazadas, una polera, un buzo y unas calcetas chilotas.

Quiso explicarle qué ocurría, pero en realidad ni él mismo llegaba a entenderlo. Aunque no porque se sintiera desconcertado, simplemente no quería llegar a ninguna conclusión. Como el muchacho examinaba la pieza, solo dijo:

—Iba a ser para cuando mis hijos vinieran a visitarme, pero como no vinieron mucho, terminó transformándose en mi taller.

El chico miró la ropa que tenía en las manos con recelo.

—¿Prefieres ponértela tú? —preguntó tendiéndole el buzo—. ¿Puedes?

Él permaneció encogido sobre la cama, no pareció que pudiera mover los dedos. Miguel comprobó la temperatura en su frente y midió sus pulsaciones. Muy lentas aún. Fue por el secador y se lo pasó por el pelo.

—Ahora te voy a desvestir —anunció con cautela y luego lo hizo con la diligencia y seguridad de un médico.

Antes de vestirlo, examinó su cuerpo: había varios moretones y rasguños, pero ninguna herida de gravedad. También estaba bastante desnutrido, pero Miguel pensó que, si ya había resistido el agua fría del estrecho de Magallanes en esas condiciones, únicamente le quedaba mejorar.

Después de arrojárselo hasta el cuello, prendió el computador y buscó “Primeros auxilios hipotermia” en Google. Necesitaba un termómetro y compresas tibias. Evaluó el estado del paciente desde la puerta.

—Ahora estás seco —dijo, y por la mirada del muchacho intuyó algo más que desconfianza, un “ni siquiera imagino cómo podría ser eso posible”.

El reloj de la cocina marcaba las tres con quince. En la lancha debían seguir despiertos a punta de mate o vino, pero en vez de llamar a Emilio, como este le había ordenado, llenó la tetera para el guatero y calentó leche. Al mojarse la cara con agua fría, se preguntó cuánto tiempo habría estado el chino flotando en el mar. Uno de los entrenamientos del servicio militar en Punta Arenas era tirarse de un buque y nadar por el estrecho. Recordó que al llegar a la orilla se sentía tan aturdido que ni ganas le quedaban de despotricar contra los oficiales.

Roció la avena con tres porciones de azúcar —no, mejor cuatro— y llevó todo a la pieza.

—Está tibio —dijo ofreciéndole la primera cucharada al muchacho.

Cuando iba por la mitad, él alejó la cara.

—¿No quieres más? Pensaba prepararte unos fideítos...

Él negó con la cabeza en lo que debía ser su primer acierto comunicativo.

—Tienes que comer —pidió Miguel—. Un poquito que sea.

También le hizo tragar dos pastillas de paracetamol. Estaba ayudándolo a recostarse cuando la radio se activó.

Ambos abrieron los ojos con alarma.

—Es Emilio —dijo para tranquilizarlo, para tranquilizarse. Y tuvo la impresión de que el muchacho no temía por quién llamaba sino por el sonido, quizás le recordara su barco.

—Es una radio vieja que me regaló el brujo chilote ese. Estaba mala y yo la arreglé. Soy técnico en electrónica, no sé si se nota —dijo arrastrando su mirada por la mesa de trabajo y con el orgullo que usaba para alejar la idea de simple “electricista”. A veces hablamos por la noche, cuando él está pescando. Emilio es el patrón de la lancha en la que te encontramos...

No supo si su explicación había tranquilizado al chino, pero pronto comenzó a dar cabezadas.

—Adelante. Aquí Miguel.

—Ya era hora, cambio —gruñó la voz de Emilio.

—Recién llegué, cambio.

—¿Todo en orden? —quiso saber el capitán enseñada, pero de una forma lo suficientemente abstracta como para que nadie más entendiera; o sea que creía que alguien podía estar rastreando la llamada, y que estaba asustado.

—Sí, todo bien —dijo Miguel con tono alegre, feliz de que la economía de los intercambios por radio fuera tan conveniente para mentir.

—Ya —dijo Emilio y se quedó callado unos segundos—. Era eso no más, cambio y fuera.

Fue por el mate que necesitaba hacía cuatro horas y se instaló cerca del minicomponente para escuchar algún extra o noticia de último minuto. Ya casi daba la vuelta al dial cuando se dio cuenta de que no tenía sentido. ¿Qué esperaba oír? ¿La confirmación de que tenía a un chino escondido en su pieza? Lo más seguro era que el capitán del *chimao* ni siquiera reportara su desaparición. Quién sabía si ellos mismos no lo habían tirado al mar.

Mientras fumaba en el patio, pensó que quizás nadie llegaría a enterarse del asunto. También cabía esa posibilidad. Tal vez hasta había pasado antes y había otros chinos con suerte dando vueltas por ahí.

Julia salió de debajo del chasis del auto, donde hacía rendir el calor, y fue hasta él con paso aletargado.

Y si nadie se enteraba, continuó conjeturando Miguel, ¿qué iba a hacer con el chino? Si lo había llevado a su casa era para esconderlo un par de días e impedir que volviera al barco de calamares. Pero ahora se daba cuenta de que había tomado la decisión pensando únicamente en el obstáculo de ser descubierto, como si superarlo significara el fin de la historia, cuando en realidad era el principio.

Supo que estaba metiéndose en todo un problema, pero no le molestó sentir miedo. Sabía lo útil que podía ser. No confiaba en muchas cosas, pero confiaba en eso. Además, algunas de sus malas decisiones habían salido bastante bien.

—¿Qué opinas tú? —preguntó a Julia.

Erguida sobre sus dos patas delanteras parecía igual de atenta y dispuesta a actuar como se sentía él.

Acarició su lomo tibio y agradable, como había hecho en noches de insomnio. Con miedo o sin él, era imposible sentirse solo junto a ella.

Prendió un nuevo cigarro y disfrutó de la oscuridad protegido del viento. Pudo percibir la tierra y el aroma amarillo de la hierba. El verano se acercaba y se inclinó hacia adelante para sentirlo mejor. Pronto iba a amanecer, también olía a eso.

—Quedas a cargo —le dijo a Julia.

Cerró con llave y fue hasta la pieza-taller a dar un último vistazo: el muchacho parecía más repuesto y respiraba profundo, sin dificultad.

Ya tenía el cepillo con pasta en la boca cuando lo recordó. Era una idea estúpida, pero ya habían pasado demasiadas cosas estúpidas en una sola noche y lo mejor era mantenerse alerta. En este tipo de situaciones, los detalles podían hacer una diferencia enorme.

Se encaramó sobre un piso y tomó el bolso que estaba arriba del clóset. Desenfundó la escopeta y la preparó con el cepillo aún en la boca.

Antes de ir a enjuagarse la observó un instante más.

Su hija se la había regalado para su cumpleaños número cincuenta. No la había ocupado tanto como ambos esperaban y deseó que esta no fuera la ocasión.

Abrió las tapas de la cama y se preparó para hacer sus ejercicios nocturnos en bóxers y camiseta: unas

cuantas flexiones de brazos y abdominales. Sabía que no iba a dormirse, pero igual programó el radio reloj a las siete de la mañana. Ya acostado, puso una mano tras su cabeza y observó el techo de madera.

Cinco minutos después, buscó la cajetilla en su velador y prendió un cigarro a oscuras.